

De La Coruña de toda la vida

La farmacia Villar, en la calle Real, ha permanecido durante 170 años en manos de la misma familia

Más de siglo y medio de guardia

«Estatura buena, color ídem, pelo y cejas negro, ojos castaños, y algunos lunares en la cara». Así comienza el título de farmacéutico que en 1827 le concedieron a José Villar Vázquez, una época en la que no existían los

sistemas de identificación y había que fiarse de este tipo de descripciones. Pocos meses más tarde fundaría la farmacia Villar, un establecimiento que, con los años, se transmitiría de padres a hijos hasta nuestros

días. Cinco generaciones han dejado su huella durante 170 años en los rincones de un local que es un compendio de la historia de la ciencia farmacéutica en pleno corazón de La Coruña.

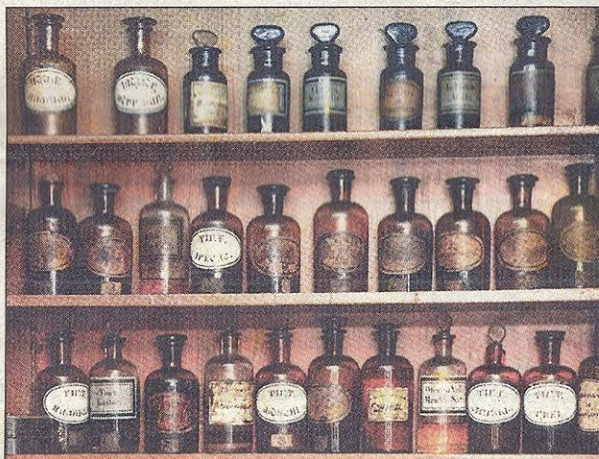
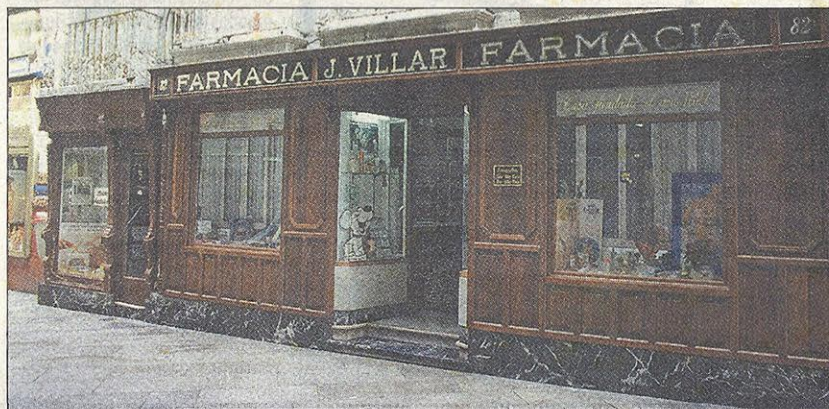
LA CORUÑA. PABLO GONZÁLEZ
Redacción

Alberto Villar es el representante de la última generación de esta saga de farmacéuticos. Muestra un entusiasmo contagioso cuando habla de sus antepasados y del patrimonio que han acumulado a lo largo de tanto tiempo: «Tengo un hijo que también se decanta por esta profesión. Pronto hablaremos de la sexta generación».

La farmacia Villar es una de las más antiguas de Galicia. Pero Alberto recuerda algo que llama más la atención: «Creo que somos la única en España que no cambió de dueños y de apellido en todo ese tiempo».

Su abuelo, José Villar Martelo, fue un hombre muy popular en La Coruña, pero también un pionero. Introdujo la iluminación con gas y el agua corriente cuando nadie las tenía. En aquellos tiempos, tenía que vivir encima de la botica, pues la ley le obligaba a estar en guardia permanente. Para casos de urgencia, ideó un sistema de tubos para comunicarse con sus empleados desde el piso de arriba. Como los amantes apasionados de una novela romántica, José Villar y su esposa, Matilde Cabo, fallecieron en la misma fecha. Un frío día del invierno de 1951.

A Alberto Villar le gusta definir su farmacia como una especie de confesionario. José Perillo, que lleva más de cuarenta años trabajando en la casa y es como si fuera de la familia, tuvo que dar muchos consejos sobre temas que en otra época eran considerados



No hace mucho, las farmacias elaboraban los medicamentos en sus propias dependencias

vergonzantes y que la gente no se atrevía a tratar con los médicos. «Fui el confesor de mucha gente», dice.

Perillo recuerda cómo el general Franco se detuvo en la Farmacia en uno de sus paseos por la calle Real: «Me preguntó acerca de una irritación que tenía en el ojo. Yo le pedí que acudiera a sus médicos priva-

dos, que debían ser muy buenos. Me contestó que no se fiaba de ellos». También Juan Carlos I paseó por las inmediaciones cuando todavía era príncipe heredero: «Iban a comprar a un ultramarinos y volvían con la barra de pan debajo del brazo. Era gente muy sencilla», asegura José Perillo.

Para la memoria de la histo-

ria quedan las tertulias que se celebraban en la rebotica. Allí se reunía el gremio médico para charlar de lo divino y de lo humano. La primera noticia que se tiene de la *Tertulia de los Amigos* se remonta a 1865. El salón donde se reunían no ha cambiado desde entonces. Sólo sus paredes saben qué era lo que allí se discutía.

De todo, como en botica

La farmacia de los Villar es un museo improvisado de la evolución tecnológica en el mundo de la medicina. En sus rincones, uno se puede encontrar desde un inmenso mortero de madera utilizado para reducir a polvo los productos naturales que se utilizaban en las fórmulas magistrales, hasta los más modernos sistemas de análisis clínicos. José Perillo, a sus 65 años, ya piensa en una merecida jubilación: «Los ordenadores ya no son para mí. Uno no puede pasar de escribir todo con bolígrafo a enfrentarse con una de esas máquinas».

En una de las salas todavía se conservan los cajones en los que se guardaban los productos naturales para hacer las fórmulas. Los nombres de las plantas en Latín contribuyen a que se evoque un mundo remoto de pócimas y alquimistas.

Y es que en la farmacia Villar todavía se realizan algunas fórmulas magistrales a petición de los clientes. «Hace poco vino una persona que nos pidió una fórmula de 1908 y se la hicimos», asegura Alberto Villar. El antiguo oficio de los boticarios sigue vivo en el umbral del siglo XXI.